

# EL CARPINCHO MUERTO

por  
*Arturo S. Visca*

En el mismo momento en que Ramos entraba al almacén de El Polaco, Valdivia salía. Cabizbajo, con el sombrero más hundido que nunca en la cabeza, no vió a Ramos que entraba. Tampoco Ramos, detenido el pensamiento en otra cosa, vió a Valdivia. En el preciso marco de luz que era el hueco de la puerta, los dos hombres se cruzaron un segundo. Valdivia se alejó por el camino de tierra colorada, y Ramos entró al salón. Saludó y se sentó en un banco de madera, junto a una mesa, al fondo del boliche. Bajo su peso, el banco crujió. Ramos se encorvó ligeramente sobre la mesa y pidió un vino. El cabello muy negro le brillaba por encima de la frente, tostada por el sol, y un mechón le caía sobre el costado izquierdo, ensortijándose.

—Este viento todavía va a traer agua —dijo El Polaco, mientras le servía. Era un mozo rubio, delgado, de ojos azules intensamente hundidos en los pómulos salientes. Sus manos pálidas, cuidadas, como si no trabajaran, quedaron un instante sobre la mesa. Ramos las miró, y luego, breve, contestó:

—Si.

Pero a través del sonido de su propia voz, aflautada, suspendida en el aire como por un hilo, por detrás del «si» escueto, se le volvió a ocurrir la angustia. Miró hacia afuera, y sintió que toda la calma del aire se lo volvía desasosiego. Y era que otra vez como en ese mediodía, y hasta hacía un instante, antes de entrar, sentía que todas las cosas familiares que lo rodeaban, le parecían desconocidas. Curiosamente nuevas, como si nunca las hubiera visto. Frente a Ramos se sentó un indio retacón. de Treinta y Tres, que trabajaba desde hacía poco en la cuadrilla de peones camineros. Serio, meditativo, miró a El Polaco, y dijo:

—Si, como no... Y con el agua los campos van a estar lindos... Como a mí me gusta verlos, mojándose, mojándose, lavándose la tierra, los pastos... Y uno adentro, en las casas...

Ramos volvió a mirar hacia afuera. Y otra vez el paisaje familiar de bosques y de campos que se perdían a lo lejos juntándose en el fondo con el cielo todavía azul del atardecer, le pareció envuelto en un aire nuevo. Y nuevo también le pareció el azul del cielo, y distinto el verde de los árboles y de los campos. Entonces contestó:

—Si, con la lluvia van a estar lindos...

Pero su atención se fué quedando detenida en otra cosa. Con una

sensación de inocente asombro, experimentó como si alguien lo acariciara por dentro y al mismo tiempo lo apretara.

Valdivia se había alejado por el camino de tierra colorada. En el almacén había pedido un vino, que le sirvieron en silencio y en silencio bebió. La moneda que había dejado sobre el mostrador de zinc, no había hecho ruido alguno. Un silencio cauteloso parecía presidir todos sus actos. Se le veía siempre solo, y aunque se llamaba Valdivia le decían El Piojo. El Piojo Valdivia. Si hubiera sido capaz de expresar con ideas sus sentimientos se hubiera dicho: «Sufro callado este gran castigo que me impuso Dios sin que yo sepa por qué». Hablaba poco, con una voz y un tono que pasaban sin transición del temor a la audacia, de la vergüenza al descaro. Se sospechaba que sus ojos eran azules, pero no se le vió nunca mirar rectamente el rostro de nadie, ni nadie supo tampoco como era su risa. El silencio obstinado con que se defendía siempre de todos los ataques —insultos, burlas y golpes—, era una forma de la cobardía y el orgullo, una manera de imponer su soledad, su odio y su cauteloso desdén hacia todos. En los seis años que vivió en Maldonado, tres veces el alcohol lo había ablandado hasta hacerle desear una comunicación con algún otro parroquiano del boliche. Ninguna de las tres veces había ido más allá de tocar suavemente el brazo del elegido, y las tres veces había sido rechazado. Pero cuando bebía —siempre vino— lo habitual era verlo solo, en una mesa en un rincón del café. El sombrero de alas anchas y caídas, hundido hasta las orejas, hacía de su rostro, rara vez afeitado, una sola mancha oscura. Después de medianoche salía a la calle, caminando de vereda a vereda, la cabeza inclinada sobre un hombro. Terminaba siempre en la comisaría. La camisa sucia, el pantalón y las alpargatas con bigotes que vestía en verano, los llevaba con una especie de tranquila dignidad. Aceptaba sin ira, con indiferencia, que lo llamaran El Piojo. Cuando niño lo habían llamado El Torcido, no por alusión a su carácter, sino por su costumbre de mirar siempre hacia el suelo. Sólo una vez había peleado, contestando a las burlas. Hacía poco, y él mismo no sabía porque. Y lo había hecho con una furia en la que no intervenían gritos ni palabras. Como si enloquecido diera golpes, encerrado en el interior de una enorme campana vacía. Después había vuelto a la desdeñosa indiferencia de siempre.

Por el camino de tierra colorada, primero, por entre pastos ariscos por el viento, después, llegó hasta el almacén de Goyo. Otra vez en silencio puso una moneda sobre el mostrador, y también en silencio bebió un vino. Por primera vez en su vida sintió las miradas de los parroquianos, casi palpables, tocando su cuerpo y rebotando. Creyó notar curiosidad en la mirada del patrón. Con esfuerzo pudo dominar un temblor que le creció en las manos. Tomó otro vino, pagó —la moneda sonó ahora levemente— y salió. Otra vez entre pastos caminó hacia el bosque, sintiendo que le caían en la espalda y lo tocaban las últimas luces de la tarde. Cuando llegó al bosque, ya había una estrella en el cielo.

«Con la lluvia los campos van a estar lindos...», había dicho Ra-



mos. Pero no pensaba en los campos con lluvia. Frente a él el indio de Treinta y Tres permanecía callado. Su sonrisa ensimismada no molestaba a la soledad de Ramos. En el aire de la tarde pesaba una paz donde su angustia se derramaba en ternura. Y esa ternura era algo que se movía dentro de él, tocándolo con golpecitos inocentes, hasta infundirle una dicha en la que la vida parecía disolverse. Y en esa dicha las imágenes que lo habían angustiado durante el día, perdían su calidad de angustia. Dejándose llevar por el recuerdo, se veía, ahora, de nuevo, junto al carpincho muerto que había encontrado esa mañana temprano, al lado del arroyo. Algo tierno se desprendía del animal caído entre los pastos. Algo casi palpable, que parecía mezclarse con el olor fuerte del pasto y de la tierra húmedos por el rocío. Como si en la muerte del animal aún quedara algo vivo, un suave temblor de hojas tocadas por el viento. Algo que no estaba en el cuerpo, sino más allá del cuerpo y de las patas duras estiradas, del hocico enfilado hacia el cielo y del rígido cuello, por donde subía una hormiga. Sintió una súbita piedad por el carpincho muerto, y se detuvo un instante, en una suspensión ensimismada, que le produjo una profunda sensación de soledad. Una soledad que venía del animal y confluía en él, haciéndole sentir que en el animal se compadecía a si mismo. Sin saber por qué, más que el bicho muerto le habían enternecido las patas duras hundidas en la arena. Experimentó como si en el aire se respirara una melancólica dulzura. Siguió caminando hasta la playa. Junto al mar la claridad del día tenía una intensidad distinta, más diáfana y movable. Ramos tuvo la sensación de haber visto de un golpe, por encima del mar, un montón de gaviotas volando en círculos descendentes e inclinados, las olas rompiéndose bravías hasta lejos en la arena, y cómo, a la altura de las Piedras del Chileno, con el choque hacían un alto remolino de espuma, coronado de una fina llovizna como de vapor de agua. Y fué entonces que tuvo la revelación de lo que lo había conmovido tan profundamente hacía un instante. Hasta entonces siempre que pensaba en la muerte se le había representando en la forma de un animal tumbado. Pero junto al carpincho muerto —recién entonces lo supo— había visto, en un relámpago de tiempo, su propio rostro, frío, quieto, muerto, semejante a la imagen que le devolvía el espejo donde se miraba sólo cuando se afeitaba, pero con los ojos cerrados. Sorprendido regresó a la gruta, donde vivía desde hacía dos años. Ocupado durante toda la mañana, hacia el mediodía se había olvidado de todo aquello. Luego lo recordó nuevamente, en el almacén de Goyo, mientras bebía una caña. Con la copa en la mano, los ojos entrecerrados, porque el sol lo hería de frente, había visto de nuevo la imagen de su rostro muerto; después se había visto de nuevo, con la cabeza entre las patas del carpincho muerto. Sin decir nada, salió. Afuera, el calor del sol alto del mediodía lo hizo caminar despacio. La arena, junto al alambrado, muy blanca y brillante de sol, era suave. Pero aunque la imagen de su rostro serio, frío y muerto, no lo abandonaba, sintió que lo iba ganando una dulzura desconocida, como si de pronto advirtiera que algo que creía malo no era tan malo para él. Durante la tarde, en la hora de la siesta, pesada y sin sueño, estuvo pensando en eso. Un sentimiento oscuro lo iba invadiendo en una marea contradictoria. Mientras tomaba mate junto al fuego, veía a su lado las cosas familiares que

lo rodeaban, y le parecieron nuevas, desconocidas y no obstante cercanas. El jergón al fondo de la gruta, la caldera negra de humo, la arena frente a él, brillando al sol en la playita, adquirirían una vida desconocida. Se alejaban en su memoria, le parecía que su inmovilidad nacía de una quietud de siglos, y lo conmovían extrañamente. Pero la visión de su propio rostro rígido lo atemorizaba. Para alejar la visión, quiso imaginar un corderito muerto y no pudo. Recordó entonces de golpe y sin ilusión, que su madre había encontrado una vez —no sabía dónde— una Virgen tallada en madera, que había conservado con ella toda su vida. «Con la Virgen la enterraron» —pensó— «con ella entre las manos, contra el pecho». Se le superpusieron dos imágenes: su madre —no recordaba su rostro de muerta— con la Virgen contra el pecho, cuando estaba ya en el ataúd, y su madre, de noche —era un recuerdo de niño— rezando arrodillada ante la Virgen. Después recordó a su padre, acariciándose los bigotes blancos, caídos, hosco y sin una lágrima, mientras arrojaba el primer terrón de tierra en la fosa de la esposa muerta. Los recuerdos lo habían quietado, alejándolo de la angustia. Pero cuando al atardecer, el sol, cayendo, arrojó la sombra de las rocas sobre la arena, sintió necesidad de abandonar su soledad. Despacio, cuidando cada paso, fué hasta el almacén de El Polaco. Deseaba conversar, comunicar a alguien todo eso tan extraño, que por momentos parecía ahogarlo, y en otros ensancharle el pecho con una ola de dulzura.

Pero ahora, junto al indio permanecía callado. Absortos ambos en una soledad en la que entraba, solamente, alguna sonrisa o alguna mirada, haciéndola evidente y fraterna.

• •

Ahora Valdivia está sentado sobre una piedra, en el bosque. Por detrás de él los árboles forman una masa oscura. Por delante ve perderse, viboreando en el bosque, el camino de arena con las huellas hondas de las ruedas de los camiones. Su atención se ha detenido en el canto de unos pájaros. Tres trinos cortos, rápidos, seguidos, y después de un silencio, un gorjeo prolongado que llega de más lejos. Luego, el silencio nocturno se restablece. Antes de que los pájaros cantaran, su atención se dispersaba entre la vista del camino y los árboles que intentaba ver como una línea recta delante de él, entre la sensación de dureza que le produce la piedra en que está sentado y el sosiego del bosque en la noche que lo sumía en un sopor cercano al sueño. Pero después del canto de los pájaros está inquieto como si se sintiera amenazado. Los trinos le parecen vibrar todavía en el aire. Siente la calma de la noche con un silencio distinto. Inquieto, pero con lentitud, se pasa las manos oscuras por los muslos, sobre el pantalón de género áspero. Las deja quietas sobre las rodillas esperando que los gorjeos se repitan. Pero continúa el silencio. No obstante, lo que había de amenaza para él —cada vez lo siente más seguro— en el canto de los pájaros, lo va dominando con una certidumbre que no puede rechazar. Recuerda el canto del primer pájaro, y con el recuerdo siente agudamente, como si lo estuviera escuchando de nuevo, los golpes de los trinos en el aire, perdiéndose en las ramazones de los árboles, hiriéndole los oídos con sus sonidos cortos y rápidos. El



canto del segundo pájaro se había estirado, perdiéndose a lo lejos, el sonido comido por la noche. Ahora hay una amenaza hasta en el aire. Sentado en la piedra, se inclina hacia adelante, achicándose. Los árboles altos lo rodean como un muro. Sabe que su silencio ya no lo defiende, altos lo rodean como un muro. Sabe que su silencio ya no lo defiende, no expresan una única tensión casi estallante, un único deseo que crece y lo domina: escuchar al pájaro cantar, otra vez, y otra, y otra, hasta llenar la noche con un único gorjeo inacabable, con un único sonido, estridente, aterrador, que sea la certeza de que lo que lo amenaza no le dará salida, que estará condenado para siempre, que —si pudiera pensarlo lo diría—: «Dios le hará sufrir un gran castigo que le impuso sin que él supiera por qué».

Se levantó y caminó por el bosque. La larga sombra proyectada de un árbol, esquivo en la arena sucia de hojarasca, le pareció un fantasma. Se detuvo un instante. Por entre las copas de los árboles vio la luna llena, luciente, blanca. Vió luego un rostro extrañamente impasible en la corteza de un árbol. Sabía que lo dibujaban las sombras, pero se detuvo bruscamente. Escuchó venir de lejos el largo mugido de una vaca, y siguió marchando con rápidas carreras y súbitas detenciones.

En el techo hay tres vigas de madera, viejas y gastadas. De pared a pared extienden su masa oscura, y una de ellas parece cortada al medio por una franja de luz, que desciende por un agujero. Ramos la está mirando, cuando el indio lo invita:

—¿Tomamo otro vino?

Ramos asiente con una sonrisa. Pero hasta sonriendo su rostro parece serio. Con un ademán inconsciente y habitual, se pasa los dedos por una pequeña cicatriz pálida, sobre la ceja derecha. Un viento suave del norte calienta el aire, aplastando sobre la tierra los pastos altos, allá sobre los campos de Altamira; Ramos los ve por detrás de los alambrados, a través de la cortina transparente, finísima, del polvo levantado por el viento en el camino de tierra colorada. Ahora, el rostro del indio, tierno y familiar, le produce una vaga sensación de bienestar, y dice con una súbita alegría:

—¡Esta es mía, y a su salud, compañero!

Su voz es aguda, rápida. Bebe casi de un golpe el contenido del vaso con vino que el patrón ha dejado sobre la mesa.

—Salú —contesta parsimonioso el otro, y bebe un trago.

El rostro oscuro del indio, enmarcado por un cabello negro que cae lacio, se ilumina con una sonrisa. Hay en esa cara de rasgos agudos, en todo el cuerpo pequeño y fornido, algo limpio que conmueve a Ramos. Cuando el indio se queda serio, toda su expresión recuerda la cabeza de un chimango. Sobre todo, cuando ensimismado estira los labios como un pico, y, levemente, con la punta de las alpargatas golpea el piso, llevando el compás de sus pensamientos. Ramos sabe, aunque lo conoce desde hace poco, que en esos instantes, el indio, perdido en sí mismo, en sueños imposibles, o tratando de aclararse esos «misterios» que no comprende, no contesta cuando se le habla, o contesta con monosílabos sin

saber lo que se le dice. Pero Ramos necesita hablar. Lo invita con otro vino, que el indio acepta moviendo apenas la cabeza, mientras da un último golpe seco con la alpargata en el suelo. Ramos se toca la pequeña cicatriz, y dice:

—Mire que hay cosas en la vida, compañero, que uno no sabe...

Se detiene unos instantes y va a continuar, porque siente que el conversar le hará bien. Pero el indio lo ataja, estira los labios, primero, y luego responde:

—¡Ajá...! Si, como no...! En Treinta y Tres, sabe, había un negro... Bueno, no era muy grande... Más bien alto y flaco... Eso sí: muy negro...

Como para poder precisar la diferencia entre flaco y alto, y grande, el indio se detiene a meditar. Ramos lo mira y siente que le renace la angustia de la mañana, dura ahora, como si alguien lo apretara. Por detrás del indio se ve clara la imagen del carpincho muerto. Trata de alejar la visión y, nervioso, pasa y repasa la mano por la cicatriz.

—Bueno, compañero, yo le decía...

El indio lo mira. Su rostro de chimango, evidente, sustituye la imagen del carpincho y la imagen del rostro de Ramos que Ramos empieza a ver de nuevo.

—Si, como no, —el indio habla despacio, apresando lentamente las ideas —bueno, era alto y flaco... grande, no... sabe... porque no era gordo... Bueno, era un negro que tenía, como un decir, que tenía autoridá... En el pueblo le tenían miedo...

Medita de nuevo, ensimismado. Recuerda al negro envuelto, invierno y verano, con un sobretodo oscuro, que lo hacía parecer un paraguas cerrado. Ramos no desea conversar ya. Mira al indio en silencio.

—Paseaba con un hacha al cinto, y pedía para cortar leña en las casas. Por la comida y unos reales. Mire que cosa: nadie se negaba. Y el negro, además, cambiaba de mujer cada tres o cuatro meses... Hasta rubias tuvo el negro... Fijese, le tenían miedo en el pueblo... Miedo era que le dejaban paso por las calles...

Estira los labios y calla, porque es demasiado misterioso que hasta rubias tuviera el negro. Ramos levanta la cabeza al techo y ve, nítido, un rayo de luz lunar que pasa a través del pequeño agujero. Pero no sabe si en las sombras se dibuja un rostro. De pronto El Polaco enciende el farol de acetileno, que ilumina de pronto el salón con un repentino efecto de nacimiento doloroso.



El Piojo Valdivia ha descendido desde el bosque hasta la playa, y de la playa ha subido a los campos del viejo Altamira. Va cruzando por entre los pastos altos, que golpean sus pantalones con un ruido duro y seco. Sabe que en el fondo oscuro de la noche lo espera un grito. Ya no escucha el canto de los pájaros, pero un gorrión enorme lo espía y él no sabe desde donde. Camina a cortos trancos, transpirando, y el calor de la noche lo aprieta, como si fuera un pulmón enorme que le bebiera la sangre. Tropicieza con una piedra escondida entre los pastos. Un súbito dolor le nace en el pie y su fina aguja le sube por la pantorrilla. En el



silencio del campo se levanta tembloroso, intermitente, nocturno, el canto de un grillo. Valdivia levanta la cara al cielo, y la luz de la Luna altísima, lo baña de lleno. El hombre se siente bañado por una lluvia finísima y tibia de sangre, que cae desde la luna. Una nube solitaria camina ausente por el cielo muy puro. Valdivia escucha de nuevo el mugido de una vaca que prolonga lastimeramente su queja por el aire. Alla, lejos, percibe dos siluetas oscuras. Sabe que una es un onbú: sabe que la otra es el viejo Altamira, quieto, como tantas veces, en la contemplación nocturna de sus campos. Pero cuanto más se acerca al viejo, más parece alejarsele, hundirsele en un hueco oscuro, hasta disolverse de golpe en un aire lejano y verde. Y Valdivia ve, entonces, en lugar del viejo Altamira, un gorrion enorme y amenazador. El pico se le abre y se le cierra bebiendo el aire de la noche. No se le mueve ninguna pluma, que Valdivia siente tierna y crucel al mismo tiempo. Acogedor el plumón marrón claro del pecho, hirientes las plumas de las grandes alas inmoviles. Hay una amenaza oculta en los ojos. Valdivia siente que en su brillo hay una prolongación de la amenaza que ya le anunció el canto de los pájaros en la noche. Y entonces, de golpe, ve que todo el enorme gorrion se hace resplandeciente y queda rodeado de una dura luz crucelísima, que lo envuelve a él también y lo transfigura. Y siente como si se hubiera convertido en una ola de fuego y rodara por el aire, llevado por olas y olas que lo arrastran enloquecidas. Quiere estarse quieto, pero una fuerza poderosa lo empuja y lo arrastra, y corre hacia la playa, hacia el ruido del mar que viene desde lejos, igual, tranquilo, interminable.

Detrás de él, sin que él lo sepa, el viejo Altamira lo ve alejarse. Está parado entre los pastos de los lindes de sus campos, inmóvil como un gran pájaro enfermo, absorto en la contemplación de su tierra, naciendo de ella, ensimismándose en ella.

El Polaco había traído otro litro de vino y pasaba el paño por la mesa. Sus manos pálidas se movían ágilmente. Ramos detuvo su atención en las venas azules, en las uñas limpias, en el vello que subía espesándose por el antebrazo. Después que el indio terminó la historia del negro, habían caído en un silencio ensimismado. Los vinos frecuentes los habían acorralado cada vez más en sí mismos. Aunque Ramos veía por momentos ante sí, con patente nitidez, las patas del carpineho muerto, su visión parecía anunciarle ahora algo bueno, una dicha igual pero más perfecta a la gustada a veces en la soledad sin ruidos de la gruta.

Miró al indio que se recostada mansamente en la pared, haciendo sonar levemente las alpargatas. Su boca no se estiraba ahora como un pico. Sonreía. Ramos se lo imaginó durmiendo, y recordó de golpe, —ahora por primera vez en su vida— el rostro de su madre muerta. Se sorprendió, pero sin inquietarse. En la calma del boliche —estaban solos él, el indio y el patrón— hasta le parecía natural que hubiera ocurrido. Además, el vino lo había sumido en una mansa quietud sin ideas.

Se levantó sin ruido, invitando:

—¿Vamos, compañero?

Cabeceando el indio se puso de pie, Saludaron y salieron. Cruzaron

por el camino, primero, y entraron enseguida por los campos de Altamira. Recién entonces sintió Ramos que el vino empezaba a marearlo. Caminó más lentamente, aguijoneado otra vez por algo extraño que no se explicaba. En la calidez de la noche había algo misterioso que recogía y le devolvía su angustia. El vino lo sumía en un mustio silencio, girando su pensamiento en torno de sí mismo, con una dulce sensación de soledad, tan dulce que lo sobrecogió y, sin saberlo, se interrogó: «Soy Ramos, soy Ramos?» No escuchó al indio que a su lado, y tan solitario como él, caminaba con pasos breves y ligeros murmurando algunas palabras incomprensibles. La luz de la luna, blanca y alta frente a ellos, los bañaba por entero. Ramos, con la cabeza baja, parecía entrar tíetamente en el aire; el indio apresuraba el ritmo de los brazos, equilibrando el caminar, ahora en tumbos. En la figura de los dos hombres, caminando en silencio en la vastedad de la noche solitaria, entre el silencio nocturno, había algo misteriosamente tierno y débil, que los hacía semejantes a sombras.

—Buenas noches.

Es el viejo Altamira quien ha saludado. Venía caminando despacio, retirándose, después de haber respirado el aire de la noche. En el aire nocturno su silueta se dibujaba nítida. Caminaba como pegado a la tierra. Se escuchaba a lo lejos el galopar de un caballo.

—Bue...nas, don Altamira — saludó el indio.

Ramos, abstraído, miró en silencio, inquisitivo, al viejo. Estaba como dormido en sí mismo y sólo salió de sí cuando percibió el gpear de los cascos del caballo que se hizo, durante unos instantes, acompasado y cercano. Luego el ruido de los cascos se alejó, y súbitamente cesó. Recién entonces saludó Ramos. La borrachera le desdibujaba la silueta de Altamira. Alguien en el fondo de sí mismo le hacía sentir que algo en el aire se balanceaba.

—Bueno... amigo... aquí nos separamo... Yo cruzo el alambrado...

El indio se había retirado un paso.

—Salú, compañero — se despidió Ramos, hablando lentamente, porque la lengua se le trababa, mientras veía al indio colarse por entre los alambrados. Una nube pasó por delante de la luna, oscureciendo por unos instantes la diafanidad del aire. Ramos veía alejarse al indio como a través de un agua profunda y transparente. Se volvió entonces hacia el viejo Altamira. Y porque sí, o porque sintió que su soledad lo sumergía en una inocente fraternidad con los pastos, con la tierra, con los hombres, dijo:

—¿Así que... siempre le gustan sus campos... don Altamira?

El viejo movió afirmativamente la cabeza, y después de unos instantes se despidieron:

—Buenas noches.

—Buenas.



Al respirar el aire de la noche, Ramos sintió que abrazaba a la tierra.

Caminó hacia la playa. Despacio, firme el busto. Y aunque el en-



cuentro con el viejo lo había conmovido, Ramos sentía que su soledad ahora era una forma de la ternura. Las piernas se le enredaban un poco al caminar, y sentía que vivía, que vivía fuertemente una soledad dulce y desolada en medio de la noche, que lo envolvía en un aire acogedor. Comprendió de golpe que el vino recién ahora lo estaba emborrachando realmente. Los pies se le hundían suavemente, casi sin ruido, en el pasto. «Mire que está linda la noche, compañero» — se dijo a sí mismo. — «Yo voy por aquí, caminando y usted — imaginó hablar con el indio ahora — «Usted va por allá. Pero los dos estamos en la misma, sí, en la misma noche, sentimos el ruido del mar, vemos los pastos...». Y sintió que el ruido del mar, los pastos, el aire, eran formas de la vida que le pertenecían. Miró al cielo y vio que las estrellas se movían un poco. Oyó un ruido pero no hizo caso, porque creyó que era el viento manso entre los pastos, aunque el ruido se prolongó en breves chasquidos intermitentes. Detrás de él, Valdivia venía caminando, en silencio, casi una sombra perfilada entre la noche. «Y... compañero... hasta ese ruidito oímos los dos... a lo mejor... ¿no le parece?...». Valdivia avanzó. «La noche, compañero, tiene...». Valdivia estaba junto a él, los ojos fijos, mirando rectamente por primera vez a alguien. «Tiene, ¿uno qué sabe qué!». De golpe los ojos se le nublaron y el aire de la noche dejó de existir. Un golpe tremendo en la cabeza lo paró en seco.

Detrás de él, Valdivia elevó el hierro por segunda vez, y recién cuando lo golpeó de nuevo supo que la amenaza se cumplía. que le había llegado el gran castigo y que ya las noches estarían para siempre llenas de un solo, único y formidable trino enloquecedor.

A Ramos lo encontraron muerto al día siguiente con el cráneo destrozado. Nadie supo que lo último que vio fue un corderito muerto, desangrándose.